



Capítulo 626: Lucharemos y resolveremos esto mediante la lucha.

Sapphire yacía en el fondo del abismo, rodeada de rocas aplastadas, cráteres recientes y energía demoníaca flotando en el aire. Nada allí permanecía intacto. Solo ella, respirando con dificultad y con la mirada perdida, como si aún buscara algo que destruir.

La pregunta se repetía en su cabeza como si fuera automática:

«¿Cuánto tiempo ha pasado?».

No lo sabía. No había marcado nada. No había comido, ni dormido, ni se había detenido a pensar. Solo destruía, rompía y destrozaba todo a su alrededor, como si cada explosión llenara el vacío que aquel maldito día había abierto en su interior.



Un trozo de acantilado se derrumbó detrás de ella. El sonido resonó, pero ella no miró.

«¿Cuánto tiempo ha pasado?».

Se pasó la mano por la cara, sucia de sangre seca y polvo.

No hubo respuesta.

Entonces, algo rompió la sensación de vacío: una presencia que entraba en el territorio del abismo. Débil. Demasiado débil para estar allí.

Giró la cabeza lentamente.



«... Hn». La energía le resultaba demasiado familiar. Demasiado irritante.

«No deberías estar aquí». Su voz sonó ronca. «Aún eres demasiado débil para manejar esto. Vete».

El abismo respondió con silencio. Solo el viento caliente y las partículas rojas de energía ardiendo en el aire.

Entonces, en medio de la profunda oscuridad, aparecieron dos ojos rojos. Fijados en ella. Sin prisa.

Luego, el contorno de su rostro.

Cabello blanco desordenado.

Y su gran idiotez: una simple camiseta, pantalones cortos, chancas.

Vergil caminaba como si estuviera en cualquier pasillo. Como si el abismo no estuviera tratando de destruir todo lo que tenía vitalidad.

Se detuvo a unos metros de distancia.

«Mi esposa desaparece durante un mes», dijo, sin levantar la voz. «¿Y qué crees que debo hacer?».

Sapphire parpadeó lentamente.





¿Un mes? Su cuerpo se paralizó por un segundo, pero ignoró el impacto de esa información.

—Vete, Vergil. —Chasqueó los dedos. La energía circundante respondió—. No estoy de humor para ti.

—Me di cuenta. —Vergil miró a su alrededor, evaluando el daño como alguien que evalúa una habitación desordenada—. Simplemente no pensé que elegirías el abismo para tu terapia.

—No bromeo. —Sapphire dio un paso adelante. El suelo se agrietó—. Morirás si te quedas aquí.

Vergil ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Y pretendes matar a cualquiera que se acerque?

—Si eso significa estar sola, sí.

Vergil soltó un breve suspiro, como si ella acabara de decir lo más predecible del mundo.

—Te escapaste —lo dijo sin acusarla, simplemente lo afirmó.

Sapphire apartó la cara, irritada solo por oírlo—. No me escapé.

—Entonces, ¿qué fue? —Vergil cruzó los brazos—. ¿Por qué desapareciste durante un mes sin decirle nada a nadie?





Ella frunció el ceño.

—No es asunto tuyo.

Vergil se rió, una risa breve, casi burlona.

—Eres mi esposa. —Sus ojos rojos brillaron con más intensidad—. Sí que es asunto mío.

Sapphire sintió cómo le subía la energía, como un reflejo, una defensa automática.

—Vete.

—No.

Ella chasqueó la lengua, irritada.

Vergil dio otro paso.

—Sapphire... destruyes todo y a todos cuando estás de mal humor. —Señaló con la barbilla a su alrededor—. Y ahora lo has hecho aquí. Sola. Sin parar. Durante un mes.

Ella apretó el puño.

—¿Y?





Vergil continuó, sin cambiar el tono:

—Y lo único que te hace perder el control hasta tal punto es tu hija.

El aire se detuvo por un momento.

Sapphire no respondió.

Vergil se acercó un poco más, a pesar de que el suelo emitía ondas de energía solo con su respiración.

—Katharina ya no está enfadada —dijo con sencillez.

Sapphire apretó los dientes. —... Es mentira.

«No es mentira». Vergil se metió las manos en los bolsillos. «Está dolida. Confundida. Pero ya no está enfadada».

Sapphire apartó la cara, como si no quisiera oírlo.

Vergil siguió hablando.

«Habló de ti». Otro paso. «Habló del enfado, de la vergüenza. De lo mucho que os habéis distanciado».

Los hombros de Sapphire temblaron por un segundo, tan rápido que quizá ni siquiera él se dio cuenta.





O quizá sí se dio cuenta.

—No tienes ni idea de lo que lleva dentro —respondió Sapphire. Su voz era baja, casi un gruñido—. No sabes lo que es tener a alguien como yo como madre.

—Entonces explícamelo —respondió Vergil sin dudar—. Porque ella me contó su parte. Falta la tuya.

Sapphire respiró hondo, como si respirar le quemara.

—No quiero hablar de eso.

Vergil cerró los ojos por un momento, tal vez cansado, tal vez reuniendo paciencia.

—Pasaste un mes destruyendo cosas. Pero no dijiste ni una sola palabra sobre lo que realmente te llevó a actuar así.

Ella volvió a apretar el puño. El suelo bajo sus pies se agrietó aún más.

Vergil lo vio. No se echó atrás.

—Me preguntaste cuánto tiempo había pasado —dijo Vergil—. Ha pasado un mes. Casi nadie te ha encontrado porque la mitad del inframundo tiene miedo de entrar aquí. Y la otra mitad cree que estás a punto de volar algo más importante.

Sapphire apretó los dientes.





El nombre de su hija pasó por su mente, pero rápidamente lo apartó.

Vergil se dio cuenta.

—Sapphire —dijo con voz firme—. ¿Cuánto tiempo piensas seguir huyendo de tu propia hija?

El aire a su alrededor se volvió pesado, como si su densidad se hubiera duplicado.

El tipo de presión que haría que cualquier otro demonio cayera de rodillas.

Vergil aguantó. No sin esfuerzo, pero aguantó.

Sapphire lo miró fijamente, con los ojos casi completamente oscuros. «Vergil...».

Sapphire se quedó quieta después de pronunciar su nombre. Su mirada era pesada, vacía y llena de ira reprimida. Vergil se dio cuenta de que ella no iba a responder a nada de lo que él hubiera dicho. No en ese estado.

Entonces pronunció solo una breve frase:

«Entonces luchemos».

Su rostro no cambió.





Vergil continuó:

«Si gano, te controlarás. Y hablaremos».

Sapphire cerró los ojos por un segundo. Cuando los abrió, sus iris estaban llenos de energía oscura.

«Sabes que eso es imposible», respondió. «No tienes la fuerza para derrotarme».

Vergil se encogió de hombros, como si no le importara. «Antes de decir eso... ¿has revisado tu cuerpo?».

A Sapphire no le gustó el tono.

Se irritó solo con oírlo.

Pero, aun así, por reflejo, expandió la energía demoníaca y escaneó su propio estado físico. Una lectura rápida y objetiva. Y su cuerpo le devolvió la información como un puñetazo en el estómago:

Solo le quedaba un 20 % de energía.

Se quedó paralizada. Solo medio segundo, pero Vergil se dio cuenta.

Esbozó una breve sonrisa provocadora.

«Luchaste aquí durante un mes sin recuperarte».



Sapphire sintió que la sangre le hervía. «No conté los días».

«Es cierto». Vergil se pasó la mano por el pelo, con una calma totalmente irritante. «Y así es como están las cosas. Veinte por ciento. Ni siquiera eso se puede llamar una ventaja».

Ella gruñó suavemente, sin intentar ocultar su irritación.

Vergil se inclinó hacia delante. «¿Vas a huir de la batalla?».

Esa frase fue el detonante.

Algo crepitó en el aire. Un trueno seco. El tipo de sonido que hacía el abismo cuando Sapphire se ponía realmente nerviosa. Su aura se llenó de presión inmediata, empujando rocas, levantando polvo del suelo, agrietando toda una pared de roca a su lado.



Él insinuó que ella podía perder.

Insinuó que ella, Sapphire, el demonio más temido de todo el inframundo, podía huir de una pelea.

Eso la enfureció de una manera diferente. Una manera que odiaba sentir.

«¿Qué has dicho?», preguntó con voz baja y aguda.

Vergil no lo repitió. No era necesario.



Ella dio dos pasos hacia él. Cada paso hacía que el suelo explotara en grietas circulares. El aire temblaba. El abismo parecía encogerse a su alrededor.

«¿De verdad crees que puedes vencerme?». Se detuvo a unos metros de distancia, con el rostro serio, sin rastro de humor. «¿Incluso al veinte por ciento? ¿Sabes lo que eso significa? Significa que aún puedo matarte sin esfuerzo».

Vergil respiró hondo, pero no retrocedió ni un centímetro.

«Si estuvieras al cien por cien, ni siquiera estaría aquí. ¿Pero al veinte?». Levantó la barbilla. «Vale la pena intentarlo».

Ella apretó el puño. Su mano temblaba ligeramente, no por debilidad, sino por pura rabia.

Vergil siguió hablando, cada palabra como un golpe:

«Sapphire, has pasado un mes huyendo de todo. De tu hija. De la discusión. De ti misma. ¿Ahora también quieres huir de mí?».

Ella se crujió el cuello, irritada.

—Yo no huyo.

—Entonces demuéstalo.

Las venas de su brazo palpitaban. Su aura creció aún más. Su poder era tan intenso que distorsionaba el aire, pero era evidente que no estaba completa.





No tenía esa densidad absurda que tenía cuando estaba realmente en plena forma.

Se dio cuenta demasiado tarde.

Y darse cuenta de ello la irritó aún más.

Su mirada se volvió apagada.

«¿De verdad quieres pelear conmigo?», preguntó incrédula.

Vergil respondió simplemente:

«Sí».

Ella se rió. Un sonido breve y seco, sin humor.

«Estás loco».

«O simplemente soy alguien que quiere que dejes de enterrarte aquí». Odiaba su calma.

Odiaba, por completo, la forma en que hablaba, como si todo estuviera bajo control.

«¿Crees», dijo ella lentamente, «que una pelea me hará hablar?».





«Creo que es la única forma de hacerte parar cinco minutos y que no destruyas todo lo que te rodea». Vergil levantó las manos, en posición de combate. «Entonces acabemos con esto rápidamente».

Sapphire lo miró sin expresión. Luego apartó la cara, como si realmente no pudiera creer lo que estaba pasando.

—¿De verdad crees que tienes alguna posibilidad?

—Si no la tuviera —respondió Vergil—, no habría venido al abismo.

Ella inhaló y luego exhaló lentamente. La energía a su alrededor giró como un torbellino y luego se estabilizó.

Sapphire levantó la mano. La temperatura bajó unos grados. Todo el abismo pareció reaccionar. Era un movimiento común, casi automático, pero aun así, el impacto fue grande.



Luego habló, con cada palabra cargada de irritación:

—Eres ridículo.

Vergil esbozó una breve sonrisa. «Y tú estás evitando empezar».

Eso fue la gota que colmó el vaso.

El suelo se rompió bajo los pies de Sapphire como si se hubiera liberado una onda expansiva. Su aura se elevó demasiado para alguien con un 20 %, lo que dejaba claro que estaba superando su límite, porque la ira se estaba imponiendo a la razón.



Vergil hizo lo mismo. Sus ojos brillaron con un rojo intenso y la energía cortó el aire como cuchillas invisibles.

«Entonces luchemos», repitió Sapphire, ahora con la plena intención de destruirlo.

